

y el verdugo, el rey de Italia y el rey depuesto de Roma, Pio IX volverá á repetir su histórico: non possumus. Pio IX alzará su voz para condenar las nuevas instituciones, para maldecir al rey, para declarar rebeldes á sus súbditos, y anunciando que sólo ha cedido á la fuerza y á la violencia, para reivindicar moralmente á la soberanía de los Papas en su Pontificado perdido una vez; pero que será eternamente reclamado por sus sucesores como el sagrado patrimonio de San Pedro. Y esta conspiración moral, tejida en las altas regiones de la inteligencia, envolverá al gobierno civil de Víctor Manuel, en una red espesísima de dificultades invencibles. Y la mayor parte de las leyes italianas, el matrimonio civil, la tolerancia religiosa, la libertad de imprenta provocarán

nuevas excomuniones pontificias. Y el conflicto se empeñará no sólo entre Víctor Manuel y el Papa, sino entre las Cámaras y la iglesia. No comprendo por qué el general Cadorna quiere retener á viva fuerza el Papa en Roma. Si es verdad que Antonelli aconseja una transacción, si es verdad que el Papa la acepta, podía permanecer en Roma sin peligro. Mas se comprende difícilmente esas transacciones, cuando el Papa acababa de proclamarse infalible, y esta infalibilidad anuncia que escoje las decisiones más extremas, las ideas más intransigentes, los principios de un ultramontanismo jesuítico, que á pesar de haberle enagenado muchas almas piadosas, le acompañarán como una sombra hasta el día de su muerte.

CAPITULO LXIV.

LOS PAPELES SECRETOS.

Días 8 y 9 de Octubre.

Uno de los resultados más curiosos que diera la nueva revolución francesa, fué recoger los paquetes secretos del Imperio, dejados á merced de sus enemigos en las Tullerías, con la insensata esperanza de vencer y tornar en triunfo. Hay en estos documentos inspiraciones históricas, dignas de la vida de Suetonio y de las páginas de Tácito. El Imperio no era solamente la representación de un gran Estado; era también la representación de una gran casa de banca. En los asuntos de Méjico no se ocultaba sólo el deseo de matar la República y restaurar la Monarquía en América, sino el deseo de hacer negocio y de ganar dinero. Una carta del banquero Jecker lo manifiesta claramente. Los asuntos interiores de las familias no van mejor que los asuntos exteriores del Estado. El célebre asesino Pedro Bonaparte no deja un punto descansar á su excelso primo. Ya le pide dinero, ya la compra de algunas propiedades de Córcega, ya el permiso para casarse con una pobre trabajadora del barrio de San Antonio.

El jefe de la familia opone á todas estas peticiones otras tantas redondas negativas. Para negarse al matrimonio, le recuerda su rango, como si los Bonapartes descendieran de los antiguos dioses. Y para negarse al dinero, en nombre del rango exigido, los muchos gastos que consigo lleva la dignidad imperial. El príncipe no sabe cómo ganarse el corazón implacable de su primo, y mata un hombre. En esta cuestión de los asesinatos hay pequeños liliputienses maquiavelismos, que provocarían á risa, si no indignaran por la perversión de la naturaleza humana que revelan. Siempre que el Imperio estaba perdido en la opinión, siempre que iba á librar una de las batallas en los comicios, aparecía oportunamente una tentativa de regicidio. Estas tentativas de asesinato tenían dos principales resultados: 1.º indignar la conciencia pública contra los partidos capaces de apelar al crimen, y 2.º demostrar que Dios velaba por el elegido de su providencia. Pues bien, si se exceptúa el acto de Orsini, todas las demás tentativas de regicidio fueron obra de la

policía, fingidas maquinaciones de los cortesanos para exaltar al Emperador, capaz de tales bajezas. La mayor parte de la prensa imperial se redactaba en los salones del Emperador, con la colaboración de los ochenta prefectos alojados en los ochenta palacios babilónicos. Algunas de estas publicaciones recibían la consigna de hacer la oposición para fingir independencia. Se fabricaba la oposición contra el gobierno, como se fabricaban los atentados contra el César. Luego esos escritores fáciles, entretenidos, que apartaban la atención de los problemas sociales, de las

grandes ideas y de las consoladoras esperanzas, para convertirlas á los caprichos de la moda y á los placeres del momento; filósofos del estómago, historiadores de la crápula, moralistas del egoísmo, todos eran distinguidos con veneras y alimentados con pensiones para que llevaran la corrupción hasta el alma del pueblo, y el alma del pueblo hasta las plantas del César. El Imperio se ha revelado á sí mismo, en sus documentos, en cartas de su mano escritas, como el digno sucesor de los últimos tiempos del antiguo Bajo Imperio.

CAPITULO LXV.

¡POBRE FRANCIA!

Días 10 y 11 de Octubre.

Con el deseo único de aprender más vivamente el estado de Francia, he venido unos días á esta desgraciada nación, á Francia, que la naturaleza y el espíritu habían elevado tan alto y que han hecho caer tan bajo la tiranía y los crímenes. El otoño ha sido excepcionalmente seco. Los campos, que eran por este tiempo una pradera verdísima, son árido seco. Parecen llevar en su tristeza las señales de la desolación nacional. En las poblaciones apenas se ve juventud. Si hay alguna, es la acomodada, que se ha exceptuado de los sorteos por dinero. Y aun esta se encuentra ya en la guardia movilizada, ya en la guardia sedentaria. Francia lo ha perdido todo en las últimas batallas. Su grande ejército está ó muerto ó prisionero, ó encerrado en las plazas fuertes. Su material de guerra habiendo caído en poder de los prusianos, sirve ahora contra el corazón de los franceses, al cual está apuntado. Generales no hay. Mac-Mahon, Ulrich, bajo la pesada mano del enemigo, yacen obligados á la inmovilidad por capitu-

B.

laciones. Wimpfen ha sido entregado por el Emperador en Sedan. Bazaine guarda en Metz, enhiesto, más paralizado, el pabellón bajo cuyos pliegues se acogen cien mil hombres. Trochu está en París con seiscientos mil combatientes. El conquistador ha conseguido intimidar á los habitantes de las campiñas. Inmovilizados en la ignorancia, que tan hábilmente fomentara el Imperio, apenas comprenden ni siquiera la idea de la patria. Su único móvil es el egoísmo; su único deseo es salvar sus intereses del incendio y del pillaje. No es el campesino legado por el Imperio, aquel campesino suizo que nace bajo las alas de la libertad, que se educa en la severa escuela republicana, que de jóven comienza á ejercer su inteligencia en los públicos comicios y sus fuerzas en el tiro nacional, que luego es designado por el sufragio de sus conciudadanos para los cargos públicos, y que aprende á querer la patria queriendo los frutos morales en su seno recogidos. El campesino francés se hallaba acostumbrado á dejar una parte de su hacienda y de su alma

en manos del Estado, para que el Estado le defendiera, le salvará y le dirigiese á su antojo. Hoy que los errores y las culpas del Estado le han traído los hulanos ¡ay! no sabe á quien fiar su defensa. El prusiano que conoce la situación moral del pueblo francés, manda cuatro ó cinco ginetes á las aldeas para que hagan requisas. Si los tributos que imponen son pagados, si son reunidos los víveres que exigen, respetan las aldeas, las vidas, las haciendas de sus habitantes. Pero si oponen la menor resistencia, saquean, degüellan, incendian. Ya van persuadiéndose los campesinos de que sólo queda la guerra contra estos implacables enemigos. Así los francotiradores pululan. Así las guerrillas comienzan. Así las villas abiertas se defienden. Así hay ya cien mil hombres sobre el Loria, que se aproximan á París, á fin de pisar los talones al ejército sitiador. Así uno de los primeros jefes del ejército prusiano, el duque de Nassau, ha muerto en manos de los campesinos. Así en el Este, en los desfiladeros de los Vosgos, brotan partidarios semejantes á los que Napoleón llama bandidos en España,

la historia llama hoy los mejores hijos de la patria. Así comienza la guerra nacional. Y una guerra nacional puede ser la tumba del conquistador: que son los pueblos invencibles. Sólo falta una dirección suprema, y más á este pueblo tan habituado de antiguo á ser dirigido por el génio. La delegación de Tours no tiene la energía necesaria. Mientras Francia necesita todas sus fuerzas para la defensa nacional, quiere la delegación del gobierno residente en Tours, abrir una campaña electoral que distraería los ánimos, que divertiría de su principal objeto las fuerzas. Si en algún momento la dictadura puede justificarse, es en este momento supremo. Luego por diferencias en apreciar las facultades de los prefectos, el almirante Fourichon renuncia á la cartera de Guerra. Y quien recoge esa cartera es Cremieux, un abogado, un orador, un respetable anciano; pero que no puede llevar sobre sus hombros el peso de tantos deberes. Todos estos embarazos en circunstancias tan excepcionalmente críticas, disgustan al espíritu público que teme una catástrofe. ¿Dónde, dónde estará el salvador?

CAPITULO LXVI.

EL DICTADOR.

Días 12 y 13 de Octubre.

El salvador desciende de los cielos. Gambetta, que es el brazo y el pensamiento de este gobierno, se retuerce en París bajo el dolor que tantos errores y tanta incertidumbre le causan. Bien quisiera salir de la ciudad, llevar al gobierno su acción y á la patria abatida la fuerza de su pensamiento. Pero no puede, circuido en la gran ciudad por el ejército prusiano. En su desesperación apela al medio supremo, á salir en el globo aerostático. El medio es peligrosísimo pero único. Su secretario Spuller le acompaña. Un perito en navegaciones aéreas le dirige. El día es desgraciado. Se eleva poco, muy poco el globo. Los prusianos, como si comprendieran todo cuanto va en aquella barquilla, le disparan granizadas de balas. El globo parece un ave inmensa perseguida por legiones de cazadores. Si por mucho tiempo se mantiene bajo, será acerbado por aquellos tiradores acostumbrados á matar las águilas en las selvas de Alemania. Así arrojan los aerónautas la mayor parte de su lastre, los papeles

más importantes, los abrigos más necesarios. La persistencia en no subir era tal, que le agujerearon y creyeron estar perdidos. Mas luego vino un viento favorable que le empujó hacia Amiens, do tocó tierra y de donde pudo trasladarse el ministro sano y salvo á Tours. En el camino han sido inmensas, indescriptibles las ovaciones á Gambetta. Su pensamiento capital es aquese: hagamos un pacto ó con la victoria ó con la muerte. Es Danton. La misma elocuencia en el acento, la misma fuerza lógica en la idea, la misma energía en el carácter. Le ha heredado la tenacidad de los propósitos, la virilidad de las resoluciones, la fuerza, la constancia. Yo lo he visto sonriente en medio de tan grandes peligros, yo lo he visto sereno cual si tuviese en su mano como en su deseo la victoria. Yo lo he visto sospear la inmensa carga de sus deberes y aceptarla con la seguridad de que rara vez se engañan una voluntad recta y una conciencia limpia. Su amistad es una de mis mayores honras y una de las más grandes satisfacciones de mi vida. Yo he te-